

ITZCOATL

CONOCIDAS SON las hazañas de Itzcóatl, cuarto señor de Tenochtitlan (de 1428 a 1440), aliado de Nezahualcōyōtl y vencedor del tirano de Azcapotzalco, el tecpaneca Maxtla. Sabidos son también esos cuantos episodios conservados por los cronistas y que dan colorido a su vida: Itzcóatl tuvo por madre a una esclava; fue un guerrero valeroso; ofendido por Maxtla que quiso violar a su esposa, Itzcóatl por su parte obligó a los cuitlahuacas a que le enviaran a sus hijas y hermanas. Finalmente, a él se debió la llamada "triple alianza" y las conquistas mexicanas, desde Cuauhnáhuac y Xochimilco, hasta Tula.

Mas, si la vida exterior de Itzcóatl se conoce en sus rasgos principales, acerca de su pensamiento y designios de imponer a su pueblo una nueva forma de ver el mundo y a sí mismos, casi nada es lo que se ha escrito. Y esto no precisamente por falta de fuentes, ni por carecer de importancia este punto, relacionado íntimamente con la evolución del pensamiento y la cultura nahuas. Porque, si hubo un intento autoritario de modificar a sabiendas el modo de pensar tradicional de un grupo náhuatl, del azteca o *mexica-tenóchtli*, tal cosa debe conocerse, para poder valorar sus consecuencias.

A continuación daremos los textos que nos hablan de los designios de Itzcóatl. Tan sólo notamos que ha sido el Dr. Angel Ma. Garibay K. el primero en aludir a lo que él llama "tentativa (de Itzcóatl) de crear una total novedad".¹ Y se refiere Garibay a dicha "tentativa", en función precisamente del texto náhuatl que pudiera describirse tal vez como el principal testimonio de los empeños de Itzcóatl por modificar la mentalidad de su pueblo.

Dicho texto, recogido por Sahagún en náhuatl, de labios de sus informantes indígenas y copiado por sus colegiales de Tlaltelolco, se halla en una foja llena de correcciones del *Códice Matritense de la Real Academia de la Historia*. Traducido con la mayor fidelidad posible, dice así:

*"Se guardaba su historia.
Pero, entonces fue quemada:
cuando reinó Itzcóatl, en México.
Se tomó una resolución,
los señores mexicas dijeron:
no conviene que toda la gente
conozca las pinturas.
Los que están sujetos (el pueblo),
se echarán a perder
y andará torcida la tierra,
porque allí se guarda mucha mentira,
y muchos en ellas han sido tenidos por
dioses."*²

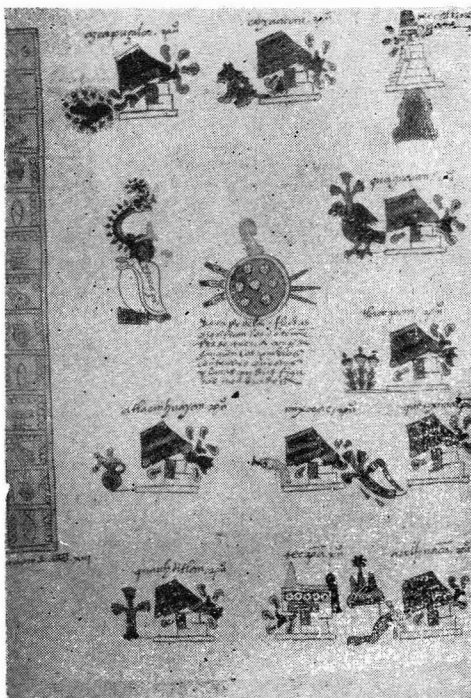
Aparecen aquí Itzcóatl y los señores mexicas tratando de alterar radicalmente el conocimiento de lo que pudiéramos llamar "la historia", la *itoloca* náhuatl: "lo que se dice acerca de alguien". Interesante sería adentrarnos aquí en un análisis del concepto implicado en la *itoloca* (historia), pero siendo esto una desviación del asunto principal, creemos mejor concentrar la atención en los motivos expresados por Itzcóatl al ordenar la quema de

CREADOR DE UNA COSMOVISION MISTICO GUERRERA

Por Miguel LEON PORTILLA

las pinturas donde se contenía la *itoloca* (historia) mexicatli.³

Las razones dadas pueden reducirse a dos. "No conviene que la gente conozca las pinturas", porque, 1) "el pueblo se echará a perder", o lo que es lo mismo, "andará torcida la tierra (la población)"; y esto sucedería, porque, 2) en las pintu-



—Códice Mendozino

Conquistas de Itzcóatl

ras "se guarda mucha mentira y muchos en ellas han sido tenidos por dioses".

Dicho más brevemente, pretende Itzcóatl suprimir lo que juzga es mentira, como el endiosamiento de quienes no son dioses, con el fin de que su pueblo "no se eche a perder". Su nueva actitud lo muestra consciente de la importancia de la historia en la vida y modo de pensar de un pueblo. Pero, sobre todo nos deja ver que Itzcóatl ha caído en la cuenta de que la historia —usando la expresión del Dr. Edmundo O'Gorman— es también "instrumento de dominio", especialmente en un caso, como el de los mexicas, que pasaban entonces de la condición de perseguidos a la de dominadores en el mundo náhuatl.

Hasta ese momento la *itoloca* mexicatli hablaba sólo de los trabajos y persecuciones sufridas para establecerse en Tenochtitlan. En sus propios anales aparecían los otros pueblos nahuas con sus dioses,

muy por encima de los recién llegados. Ahora —piensa Itzcóatl— todo eso es "mucha mentira, falsamente hay allí muchos tenidos por dioses". Y con esta actitud comienza a proyectar de hecho su afán de supremacía también hacia el pasado, para hacer de éste un instrumento de sus nuevos designios.

La formación de una nueva *itoloca*, la llamada por Garibay "tentativa (de Itzcóatl) de crear una total novedad", se llevó a cabo en un doble plano, que vino a transformar la visión del mundo y de sí mismos que hasta entonces poseían los mexicas. Y no se trata aquí de suposiciones. Acudiendo de nuevo a los textos, hay una manera relativamente fácil de comprobar cuáles fueron las principales reformas introducidas en la historia por Itzcóatl.

Porque, si es cierto que ordenó éste la quema de las pinturas y códices, su disposición tuvo cumplimiento en Tenochtitlan y en los otros lugares dominados por él, pero no en aquellas ciudades y pueblos vecinos como Tezco, Tlaxcala, Cholula, etc., que lograron conservar su independencia. Comparando, por tanto, los textos e historias provenientes de dichos grupos nahuas independientes, con la versión mexicatli de los mitos y la historia nahuas, podremos descubrir las más obvias modificaciones y supresiones introducidas por Itzcóatl y los mexicas.

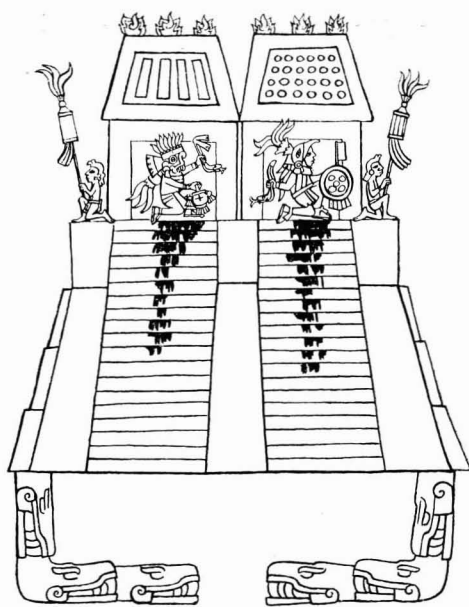
Así, por ejemplo, mientras en el antiguo texto mexicatli le la *Historia de los Mexicanos por sus pinturas* se asigna a Huitzilopochtli, numen tutelar de los mexicas, un lugar prominente entre las cuatro divinidades creadoras, en otras narraciones de los mitos cósmicos, como las conservadas por Ixtlilxóchitl, por los *Anales de Cuauhtitlán* y aun por los primeros textos nahuas de Sahagún procedentes de la región de Tezco, no aparece la figura de Huitzilopochtli, sino mucho más tarde y únicamente en cuanto dios protector de los mexicas. Y es que persuadidos éstos de que su dios *Tetzáhuil Huitzilopochtli*, como le llama la *Crónica Mexicáyotl*:

*"les hablaba, les aconsejaba,
vivía entre ellos
y se hacía amigo de los aztecas",⁴*

juzgó Itzcóatl punto fundamental de su reforma acentuar la primacía de Huitzilopochtli en todos los planos, aunando así los orígenes de su pueblo, con los principios creadores del mundo. Y así como éste, hay otros varios casos en los que puede constatar que, conservando Itzcóatl la trama de los antiguos mitos y leyendas nahuas, introdujo en ellas cambios dirigidos a enaltecer a su pueblo.

Pero aún hay algo más, existen tres testimonios fundamentales, de fuentes distintas e independientes entre sí: el llamado *Códice Ramírez*, el P. Durán y los *Anales de Cuauhtitlán*, que nos hablan de la ocasión y los factores que impulsaron a Itzcóatl a transformar la historia y organización del pueblo mexicatli. Comenzando por Durán, nos dice éste que:

"Concluida la guerra contra los tecpanecas de Cuyuacan... el rey Itzcóatl vuelto a su ciudad fué recibido de los sacerdotes y de todo el pueblo con gran triunfo y honra, llorando viejos y viejas de placer... ensalzando mucho el poder, la dignidad y aumento de la potencia mexicana..."⁵



—Atlas de Durán
Templo de Huitzilopochtli y de Tláloc

Y luego, a continuación se señala ya el primer intento de engrandecerse por medio de la historia:

“la cual empresa no era de menospreciar, sino de poner en historia y hacer memoria de la gloria della por ser cosa tan importante al nombre mexicano, de donde podría redundar grandes honores y aumento de estado a toda su república...”⁶

Y en el breve discurso de Itzcóatl, transcrito enseguida por el mismo Durán, se muestra a las claras cuál es el designio del señor Mexicatli:

“éste es —dice— el oficio de Huitzilopochtli, nuestro dios, y a esto fue venido para recoger y atraer a sí y a su servicio todas las naciones con la fuerza de su pecho y de su cabeza...”⁷

En seguida, tanto Durán, como el *Códice Ramírez*, se refieren a una especie de consigna del caudillo mexicatli *Tlacaéllel*, que según parece tenía grande ascendiente sobre Itzcóatl. Logró *Tlacaéllel* de quien afirma el *Códice Ramírez* que “además de ser tan animoso, era en igual grado ingenioso y hábil”, algo que nos recuerda aquello de que en las viejas pinturas “había muchos que falsamente eran tenidos por dioses”. O sea, que vencidos ya los señores tepanecas y otros más, humillados los dioses de fuera, surgió *Tlacaéllel* se dieran títulos y “dictados”, que ennoblecieran a los nuevos señores mexicas.

Copiamos en su integridad el texto del *Códice Ramírez* que coincide en lo esencial con el testimonio de Durán:

“Con esta victoria y la de *Azcapotzalco* quedó la gente mexicana muy ensalzada, y temida de todos los demás por haber ya rendido y avasallado la nación tepaneca, que como queda referido, era la más valerosa y en quien estaba el señorío de toda esta tierra, por lo cual estaban ya muy briosos los mexicanos y los pensamientos muy encumbrados, y así comenzaron a tratar de tomar títulos y renombres de señores... Y para ponerlo en ejecución tomó la mano *Tlacaéllel* y proponiéndolo al rey *Itzcóhuatl* con la traza que se había de hacer, porque las tenía muy buenas, que demás de ser tan animoso era en igual grado ingenioso y hábil, y por esto mientras vivió (que fue mucho tiempo) siguieron infaliblemente sus consejos, teniéndole todos los reyes que alcanzó por oráculo y coadjutor de

su gobierno. Oyendo, pues, el rey la demanda de *Tlacaéllel* se la concedió de muy buena gana, y tomando su parecer hizo señores y grandes en su reino, de esta forma. Primeramente ordenaron que siempre se guardase este estatuto en la corte mexicana, y es que después de electo rey en ella, eligiesen cuatro señores, hermanos o parientes más cercanos del mismo rey, los cuales tuviesen dictados de príncipes...”⁸

Y así, como lo atestiguan de nuevo las fuentes citadas y lo resumen admirablemente los *Anales de Cuauhtitlán*, por ese tiempo:

“manifestó *Itzcóatl* por completo su (rostro, cuando se impuso a los señores tenochca de todos los pueblos, cuando dio principio la gloria del Mexica-Tenóchtli”⁹

Entonces, según Durán y el *Códice Ramírez*, otorgó *Itzcóatl* toda una serie de títulos, que designaban a quienes sí debían pasar a la historia con fama de grandes y hasta tal vez de dioses:

“A *Huehue Moteuczuma*, dio por ditado (Tlacaécatl.

A *Tlacauepan*, dio por ditado *Ezuauácatl*.

A *Cuatlecóatl*, dio por ditado *Tlillancal* (qui.

A *Huehuezacan* dio por ditado *Tezca* (coócatl...”¹⁰

Y añade el mismo Durán que:

“los historiadores y pintores pintaban con historias vivas y matices con el pincel de su curiosidad, con vivos colores, las vidas y hazañas destos valorosos caballeros y señores para que su fama volase con la claridad del sol por todas las naciones, cuya fama y memoria quise yo referir en esta mi historia, para que conservada aquí dure todo el tiempo que ella durare...”¹¹

Con la nueva disposición de *Itzcóatl*, que creaba dignidades y enaltecía por encima de todo a *Huitzilopochtli*, al que atribuía haber “venido para recoger y atraer a sí y a su servicio todas las naciones con la fuerza de su pecho y de su cabeza”,¹² se fue consolidando, si no es que forjando, una mística que impul-

saba a la conquista y al predominio guerrero. Ya sólo el primero de los títulos, *Tlacaécatl*, concedido por *Itzcóatl* a *Huehue Moteuczuma*, es descrito épicamente ensalzando la guerra y la muerte:

“El *Tlacaécatl*: comandante de hombres, el *Tlacochealcátl*: señor de la casa de las (flechas,

jefe de águilas,

que habla su lengua.

Su oficio es la guerra que hace cautivos,

gran águila y gran tigre.

Águila de amarillas garras

y poderosas alas,

rapaz,

operario de la muerte.

El genuino *tlacaécatl*,

el *Tlacochealcátl*, señor de la casa de las (flechas,

instruido, hábil,

de ojos vigilantes, dispone las cosas,

hace planes, ejecuta la guerra sagrada.

Entrega las armas, las rige,

dispone y ordena las provisiones,

señala el camino, inquiere acerca de él,

sigue sus pasos al enemigo.

Dispone las chozas de guerra,

sus casas de madera,

el mercado de guerra.

Busca a los que guardarán los cautivos,

escoge los mejores.

Ordena a los que aprisionarán a los hom- (bres,

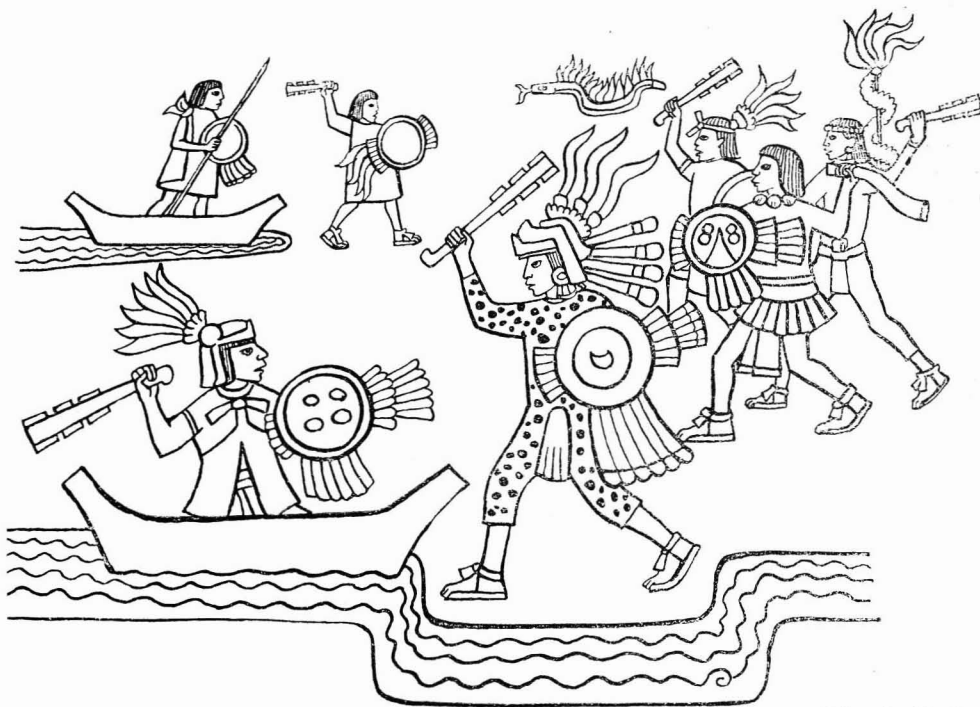
disciplinados, conscientes de sí mismos.

Da órdenes a su gente,

les muestra

por dónde saldrá nuestro enemigo.”¹³

Revestidos así los caudillos mexicas con sus insignias de “águila y tigres” y persuadidos de que su destino era “hacer cautivos en la guerra”, reciben con entusiasmo el dictado de “operarios de la muerte”, yendo en busca de las rojas tunas del corazón, que deberán ofrecerse a su dios *Huitzilopochtli*. Porque, identificado ya éste para siempre con el Sol, el pensamiento mexicatli ideó una nueva concepción casi mística, ligada con el viejo mito náhuatl de los Soles. Se decía en él que nuestro Sol —en el período en que todos vivimos— tendrá que terminar: “como andan diciendo los viejos, en él habrá movimientos de tierra, habrá hambre y con esto perecemos.”¹⁴



—Atlas de Durán

Los mexicas combatiendo en el reinado de *Itzcóatl* con los de *Cuicláhuac*

Había, no obstante, un solo modo de retardar el cataclismo final: si los dioses se habían sacrificado para que los hombres existieran, con el sacrificio de los hombres, con su sangre, se podía tal vez conservar la vida del Sol. El afán mexícatl de conquista y predominio recibió entonces su justificación más plena. Había que luchar por “traer todas las naciones con la fuerza del pecho y el rostro de Huitzilopochtli”, para tener abundantes víctimas con que conservar la vida del Sol, identificado con su divinidad tutelar. Desde ese momento, los mexicas, persuadidos de su misión —nuevamente enraizada en la *itoloca* forjada por Itzcóatl— llegan a creer místicamente, como ha escrito el doctor Alfonso Caso, que “en cierto modo de ellos depende que el universo siga existiendo...” ya que sintiéndose con una misión, se “está mejor dispuesto a cumplirla si de su cumplimiento se deriva el dominio sobre los otros pueblos”.¹⁵

Tal es, según parece, el núcleo de ideas hacia donde fue a parar el afán dominador de Itzcóatl. Y es necesario repetir que al suprimir las antiguas pinturas de su pueblo advenedizo y perseguido, y crear la nueva imagen de sí mismos, su más genial acierto fue inspirar una mística capaz de dar sentido no sólo a su acción guerrera, sino a todos los aspectos de su vida. Por esto, no es de extrañar que al frente de sus “águilas y tigres” y con la ayuda de “Huitzilopochtli, el joven guerrero, el que hace salir el Sol, el portentoso que habita en la región de las nubes...”, Itzcóatl en su breve reinado de catorce años llegara a conquistar desde Azcapotzalco hasta Cuauhnáhuac y desde la antigua Tula, hasta el Señorío Xochimilca.

Y el más elocuente testimonio de su empeño por dejar plantada para siempre la semilla de la nueva grandeza mexícatl lo encontramos en “una vieja relación y pintura” cuya versión nos conservó Durán, y en la que se narran las preocupaciones de Itzcóatl poco antes de morir. He aquí sus últimas palabras:

“Juntamente mandó el Rey Itzcóatl, antes que muriese, juntar todos los señores y principales, a los cuales encomendó el culto de los

(dioses)
y que el rey que fuese, le rogaba mucho, pues él había sujetado muchas ciudades, que hiciese edificar un templo muy suntuoso a su dios Huitzilopochtli

y a los demás dioses y que su (propia) figura y la de los reyes sus antepasados se esculpiesen en piedras para perpetua memoria. Y concluída la plática y testamentos

(murió,

*dejando la ciudad muy triste y desolada con su muerte, por ser un rey muy valeroso y de ánimo invencible...”*¹⁶

Que sus disposiciones postreras se cumplieron, lo atestigua la historia (la *itoloca*) náhuatl: Motecuhzoma Ilhuicamina llevó más lejos aún sus conquistas, y no pasaron muchos años antes de que comenzara a edificarse el gran templo mayor de Tenochtitlan en honor de Huitzilopochtli y de Tláloc. Y sin duda, asimismo en relación con los ideales de Itzcóatl, se labraron en piedra esculturas como la *Coatlicue*, madre de Huitzilopochtli, y cuyo simbolismo, analizado magistralmente por el Doctor Justino Fernández, muestra el alma de la cosmovisión mexícatl perpetuada en la piedra. Aparece allí, en la figura trágicamente bella de Coatlicue, el que Justino Fernández ha llamado su “último sentido guerrero, de vida y de muerte”,¹⁷ llegándose a entrever que en la cosmovisión militarista de los mexicas, iniciada al parecer por Itzcóatl, fue la lucha el fundamento dinámico del existir del mundo y del hombre.

Los textos citados señalan con bastante claridad los designios de Itzcóatl como forjador de una visión místico guerrera del mundo. Los Anales posteriores confirman asimismo que sus ideas fructificaron. Con él —dice lapidariamente la *Relación de las genealogías*— “comenzó a señorear México e a ser principal ciudad destas partes”.¹⁸ Y la misma tradición, reflejada en los Cantares nahuas, bellamente corrobora la idea de una visión mexícatl del mundo fundada en el concepto y en la realidad de la lucha:

“Allí, donde se tiñen los dardos, donde se tiñen los escudos, están las blancas flores perfumadas, las flores del corazón: abren sus corolas las flores del que da
(la vida,
cuyo perfume aspiran en el mundo los
(príncipes:
*es Tenochtitlan.”*¹⁹

Y siendo la lucha en el pensamiento de Itzcóatl, la razón suprema del existir, no parecerá ya extraño que sea asimismo la

guerra —simbolizada una vez más por los dardos y los escudos— el fundamento de la realidad grandiosa de Tenochtitlan. Por eso cantaban los mexica-tenochcas:

*“Con nuestros dardos, con nuestros escudos está existiendo la ciudad.”*²⁰

Así, unificando su pensamiento y su esfuerzo en la idea central de la lucha, para someter a todos los pueblos “con la fuerza del pecho y la cabeza” de su dios supremo Huitzilopochtli, logró Itzcóatl echar las raíces de una dinámica visión místico-guerrera del mundo y del hombre.

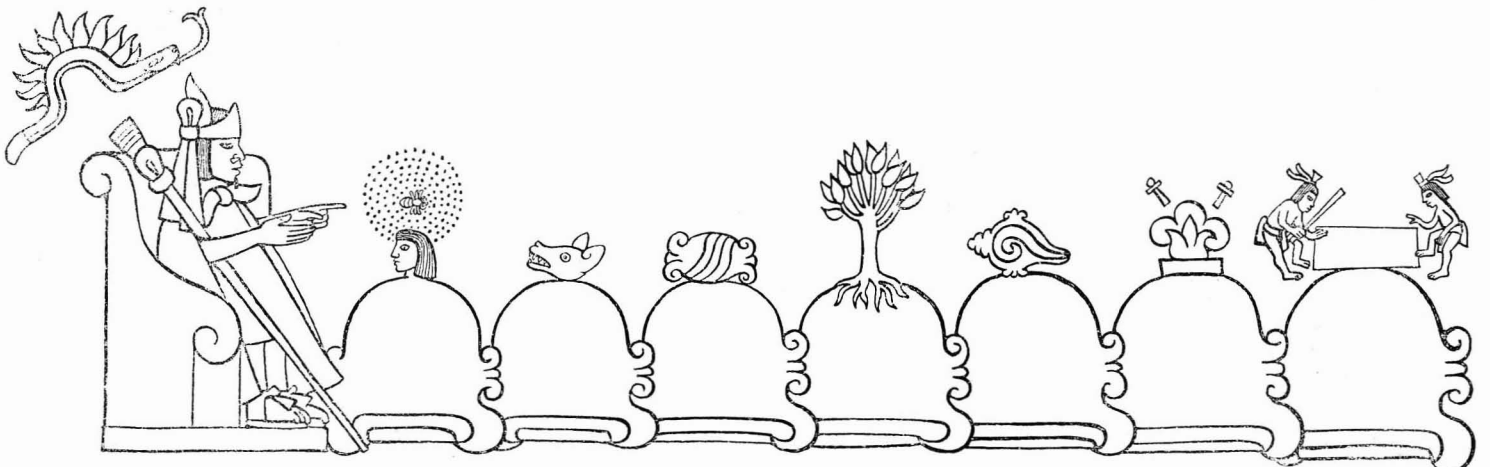
Y llegó a tal grado la unificación del pensar y la religiosidad de los mexicas, que en tiempos del último Motecuhzoma, no se vio peligro alguno de lesionar el carácter supremo de Huitzilopochtli, sino más bien una nueva afirmación del mismo, al admitir en el *Coateocalli* o *panteón* náhuatl, edificado dentro del gran *teocalli* de Tenochtitlan, a todos los numerosos dioses de los pueblos vencidos, que rendían así una especie de homenaje al divino y “joven guerrero que hace salir el sol...”²¹

Mas, después de haber hurgado los orígenes de la cosmovisión místico-guerrera de los mexicas, forjada por el pensamiento unificador de Itzcóatl, conviene no olvidar la existencia de textos que muestran otra especie de pensamiento de índole más bien filosófica, en el que a la sola luz de la razón se planteaban problemas sobre “la verdad del hombre y del mundo”, en esta vida de ensueño en la que todo:

“Aunque sea jade se quiebra, aunque sea oro se rompe y aunque sea plumaje de quetzal se des-
*(garra...”*²²

Vida transitoria vista por los *tlamatinime* o filósofos nahuas, en cuyo pensamiento surgió también expresamente la duda sobre el valor de las hazañas del mismo Itzcóatl, cuya figura, al igual que el jade y el oro, se hizo pedazos y “siguiendo la marcha general”, se hundió en la región del misterio:

“¡Con este canto es la marcha a la región del Misterio! Eres festejado, divinas palabras hiciste, ¡pero has muerto...! Por eso cuando recuerdo a Itzcóatl, la tristeza invade mi corazón,



Itzcóatl frente a sus conquistas

¿Es que estaba ya cansado?
 ...¿O venció la pereza al Señor de la
 (Casa?)
 El Dador de la vida a nadie hace re-
 (sistente ...
 Por esto continúa el cortejo:
 ¿es la marcha general?"²³

¿Floreció este otro modo de pensar, que hemos llamado *filosofía*, en lugares como Huexotzinco o el vecino señorío de Tezcoco, donde Nezahualcōyōtl, contemporáneo y aliado de Itzcōatl organizaba reuniones de poetas y sabios? Una velada respuesta se entrevé en la segunda parte del poema en que se describió Tenochtitlan como "lugar donde se tiñen los dardos y escudos" y en el que a continuación se canta:

"allí donde perduran para maravillar
 las preciosas pinturas
 en las casas de códices:
 es Acolhuacan, es la región de
 (Tezcoco)." ²⁴

¿Entraron acaso en conflicto las ideas y tendencias que simbolizan Itzcōatl y Nezahualcōyōtl? Los mexicas imponiendo en todas partes el culto a Huitzilopochtli, difundían sin cesar la visión mística de la lucha y la sangre.²⁵ Pero también —como lo muestran numerosos textos— frente a la cosmovisión religiosa y guerrera, los *tlamatime*, o filósofos nahuas, habían admitido la duda y planteándose racionalmente problemas, trataban de resolverlos, no ya por la vía de la ofrenda y del sacrificio sangriento, sino por la especulación encarnada en el simbolismo de las formas poéticas.

Cosmovisión místico-guerrera enraizada en el concepto y en la realidad de la lucha, y simultáneamente, filosofía para la que lo único verdadero era la poesía, flor y canto, sabemos que existieron en el mundo náhuatl. Lo que ignoramos aún es la forma como pudieron convivir e influenciarse mutuamente. He aquí un tema y un problema que ameritan estudio sobre la base de las fuentes.

NOTAS

1 Garibay K., Angel Ma., *Historia de la Literatura Náhuatl*, Ed. Porrúa, 2 vols., México, 1953-54, t. I, p. 23.

2 Textos de los Informantes Indígenas, en *Códice Matritense de la Real Academia de la Historia*, Ed. facs. de Paso y Troncoso, vol. VIII, fol. 192, v.

3 Para un estudio del concepto náhuatl de la *itoloca*, véase el Cap. v, pp. 258-264, del libro *La filosofía náhuatl, estudiada en sus fuentes*, por Miguel León Portilla, Instituto Indigenista Interamericano, México, 1956, donde se analiza con algún detenimiento "la conciencia histórica en el mundo náhuatl".

4 Tezozómoc, Fernando Alvarado, *Crónica mexicáyōtl*, trad. del náhuatl de Adrián León. Imprenta Universitaria, México, 1949, p. 12.

5 Durán, fray Diego, *Historia de las Indias de Nueva España y Islas de tierra firme*, Ed. José F. Ramírez, México, 1867-1880, t. I, p. 95.

6 *Loc. cit.*

7 *Loc. cit.* Varias de las expresiones del discurso de Itzcōatl evidencian su origen náhuatl. Así por ejemplo, el difrasismo clásico "su pecho y su cabeza", que connota en náhuatl la idea de predominio.

8 *Códice Ramírez*, Ms. del siglo XVI titulado: *Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España, según sus historias*, Ed. Leyenda, S. A., México, 1944, p. 72-73.

9 *Anales de Cuauhtitlán*, en *Die Geschichte der Königreiche von Colhuacan und Mexico*. (Quellenwerke, Bd. 1) Text mit Übersetzung von W. Lehmann, Stuttgart, 1938, p. 239.

10 Durán, fray Diego, *op. cit.*, t. I, p. 97.

11 *Ibid.*, p. 98.

12 *Ibid.*, p. 95.

13 Textos de los informantes indígenas de Sahagún, *Códice Matritense de la Real Academia de la Historia*, (Ed. facs. de Paso y Troncoso), vol. VIII, fol. 115, v.

14 *Anales de Cuauhtitlán*, en *op. cit.*, p. 62.

15 Caso, Alfonso, *El Pueblo del Sol*, Fondo de Cultura Económica, México, 1953, p. 121.

16 Durán, Fray Diego, *op. cit.*, t. I, p. 123. Transcribimos el texto de Durán, de manera que se destaque su carácter rítmico, así como el paralelismo de sus frases que evidencian su origen náhuatl.

17 Fernández, Justino, *Coatlícue*, estética del arte indígena antiguo. Centro de Estudios Filosóficos, México, 1954, p. 267.

18 *Relación de la genealogía y linaje de los señores que han señoreado...* en Nva. Colec. de Documentos para la Historia de México. (Ed. Icazbalceta), Pomar, Zurita, Relac. Antiguas (Siglo XVI). Ed. Chávez Hayhoe, México, p. 253.

19 Ms. *Cantares Mexicanos*, fol. 18 (La Traducción es del Dr. Garibay).

20 *Ibid.*, fol. 20, r.

21 Véase el testimonio de Durán a este respecto, *op. cit.*, t. I, p. 456.

22 *Ibid.*, fol. 17, r.

23 *Ibid.*, fol. 29, v.

24 *Ibid.*, fol. 18.

25 La figura de Tlacáéll, consejero de Itzcōatl y de otros Señores mexicas, que parece ser —según varias de las fuentes— el principal inspirador de sus designios místico-guerreros, merece un estudio detenido. No obstante el parecer de Torquemada (*Monarquía indiana*, 2ª ed., t. I, p. 171), que tiene a Tlacáéll "por personaje fingido e imaginario", identificándolo con un mero título de Itzcōatl, las menciones que de él hacen tanto Chimalpahin en sus *Relaciones*, como el *Códice coscatzin* y la identificación hecha por Beyer del mismo jeroglífico de Tlacáéll (*Rev. Mex. de Est. Antropológicos*, t. IV, N° 3, pp. 161-164), desvanecen críticamente las dudas acerca de la existencia real de Tlacáéll. Un estudio de este célebre personaje sobre la base de las fuentes pondrá de manifiesto cuál fue su papel en la creación de la cosmovisión místico-guerrera de los aztecas.

TRES POETAS mexicanos

II. Xavier Villaurrutia

Por Fernando CHARRY LARA



"no se dejó sorprender"

COMO QUIEN intenta aproximarse a un juicio adecuado, podría decirse de Xavier Villaurrutia (1903-1950) que la música de su poesía pertenece más al espíritu que a los oídos. El gran poeta mexicano dejó una excelente obra en verso, de extraordinaria brevedad, pero que puede al mismo tiempo, y quizá debido a tal circunstancia, ser mostrada como un ejemplo de madurez y concentración poéticas poco comunes. La brevedad aludida fue compensada por Xavier Villaurrutia con diferentes expresiones del talento literario, entre las cuales el drama, el ensayo y la crítica deben ser mencionados. Dentro de todas estas manifestaciones se advierte, como nota fundamental, la búsqueda apasionada de

lo esencialmente lírico. Villaurrutia, como otros poetas de nuestra época, creyó siempre que la poesía no puede limitarse a los versos, sino que ella tiene la virtud de animar y de fertilizar otros campos, procurándoles un verdor perpetuo. Y es por eso por lo que muchas páginas suyas en prosa, aún aquellas que nos revelan, con su sobriedad característica, a un crítico severo de las letras y de las artes, están llenas de poesía y de silenciosa música.

Debe entonces llegarse a la conclusión de que Xavier Villaurrutia, a pesar de haber intentado otros caminos, no pudo jamás ocultar su destino más auténtico, su destino de poeta, ni limitar, por lo tanto, la extensión de su poesía.

Habiendo nacido en 1904, escribió Xavier Villaurrutia unos pocos poemas que se recogieron en pequeños libros: "Reflejos", 1926; "Nostalgia de la Muerte", 1938; "Décima Muerte", 1941, y "Canto a la Primavera y otros poemas", 1948. La elaboración de ellos debió de ser tan lenta como apasionada. Cada vez resulta más evidente el lugar común de que los valores literarios, al igual o acaso en mayor grado que los otros, no se miden nunca por la amplitud sino por la intensidad de su mensaje.

De acuerdo con la frase de alguno, "poeta es el hombre que cree en su genio, y artista el que lo pone en duda". Lo que, dicho de otra manera, vale tanto como afirmar que no en todos los casos resulta suficiente ser dueño de un temperamento poético, sino que, además de esto, es indispensable procurar todos los medios para no perderlo. Aquello que apenas es promesa, se frustra fatalmente cuando se confía demasiado en la riqueza de una sensibilidad. Este fenómeno es corriente en la vida literaria hispanoamericana, como lo es, también, el de quien sigue un camino equivocado porque no quiso encontrar uno mejor. Mas no puede haber lugar a dudas, si tratamos de asignar un valor a la obra poética. Deduzcamos entonces la consecuencia de que quien es incapaz de discutir su propio don poético, es todavía más incapaz de saber expresarlo. Nunca se alcanzaría a ponderar suficientemente la esterilidad de una poesía sin arte.

Como José Gorostiza —con cuya poesía, por lo lúcida y desvelada, guarda